

LA
DOCTRINA
Y
ADMINISTRACIÓN
DE LA
IGLESIA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera Revisada, Revisión de 1960, propiedad de las Sociedades Bíblicas en América Latina. Usadas con permiso.

La Doctrina y Administración de la Iglesia

© 2014 Regular Baptist Press Schaumburg, Illinois

All rights reserved. Printed in the U.S.A.

www.RegularBaptistPress.org 1-800-727-4440

RBP5147 ISBN: 978-1-60776-937-8

La Doctrina y Administración de la Iglesia fue publicado originalmente en inglés bajo el título *The Doctrine and Administration of the Church*, © 2014 Regular Baptist Press, Schaumburg, Illinois.

Traducción al español a cargo de Editorial Bautista Independiente, 3417 Kenilworth Blvd., Sebring, Florida 33870.

Todos los derechos reservados . Excepto cuando esté permitido por las leyes de derechos de autor de los Estados Unidos, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, o almacenada en bases de datos o sistemas de recuperación de datos, sin el permiso previo por escrito de Regular Baptist Press.

Contenido

Prefacio por Mark Jackson 9
Prólogo a la tercera edición 11

1. La Iglesia, la Cual es Su Cuerpo 13
2. La Iglesia Local 26
3. El Gobierno de la Iglesia 36
4. ¿Quién Controla a la Iglesia? 44
5. Los Oficiales de la Iglesia 47
6. El Llamado al Pastor 55
7. Las Ordenanzas de la Iglesia 60
8. La Disciplina de la Iglesia 70
9. El Ministerio de la Iglesia 80
10. La Música en la Iglesia 90
11. La Iglesia y la Evangelización 93
12. El Programa Misionero de la Iglesia 100
13. Las Finanzas de la Iglesia 108
14. Algunos Problemas de la Iglesia 112
15. El Compañerismo de la Iglesia 122
16. Concilios de la Iglesia 133
17. Doctrinas Distintivas de los Bautistas 142
18. Credos de la Iglesia 157
19. Pactos, Artículos de Fe y Personalidad Jurídica 160

*A mi esposa,
quien en todo mi ministerio
ha sido una inspiración
y una ayuda fiel e idónea
en la obra del Señor.*

Prefacio

MARK JACKSON

“[ÉL] AÚN HABLA.”

Recuerdo muy bien haber leído página tras página el manuscrito de este libro, escrito a mano, tal como salió de la pluma de mi papá hace un buen número de años. Él amaba a la iglesia, y sus iglesias lo amaron a él. Más tarde, como presidente del Seminario Bíblico Bautista y representante nacional de la Asociación General de Iglesias Bautistas Regulares, fue uno de los hombres más respetados y queridos en las filas del fundamentalismo. Yo me sentía orgulloso de él.

Él a menudo decía que una iglesia local era lo más difícil de matar en el mundo. Uno puede mutilarla, y herirla, desangrarla y hacerle injusticias; pero es difícil matarla, porque es una institución divina, y ¡Cristo es su Cabeza!

La forma clara de pensar de mi papá respecto a las cosas espirituales, en cuanto a la operación de la iglesia, en cuanto a la doctrina de la iglesia, produjo este libro. Ahora se acepta esta obra en muchos lugares como normativa en cuanto a la administración de la iglesia local.

La tibieza de Laodicea que se predijo que le vendría a las iglesias ya está sobre nosotros. En aspectos tanto de práctica como de doctrina, la terrible declinación ha sucedido. Las iglesias no tienen convicciones profundamente asentadas en cuanto a la Palabra de Dios; los pastores se dan al acomodo y son oportunistas; la mundanalidad ha infectado profundamente a los laicos en las bancas.

Contra esta lóbrega pero profetizada condición se levanta la brillante promesa de que tal letargo marca los tiempos del retorno del Señor. A la luz de eso, la verdadera iglesia de Jesucristo, representada por las iglesias bautistas fieles, que creen a la Biblia, debe firmemente someterse al señorío

de Jesucristo y honrarle con toda fibra de su ser. El contenido de este libro, si se lo estudia y se lo aplica en las iglesias, mejorará la fidelidad en nuestra práctica y la claridad en nuestra doctrina.

Sinceramente confío que la perpetuación de la vida, el ministerio y las convicciones de mi padre, mediante la revisión de este libro, será una bendición a todos los que lo estudian.

Mark Jackson

Consultante Internacional y Representante Asociado, GARBC
Schaumburg, Illinois

Prólogo a la tercera edición

JOHN GREENING, REPRESENTANTE NACIONAL DE GARBC.

HABITUALMENTE, los profesionales tienen “libros de referencia” en sus bibliotecas. Estas obras clásicas se consultan con frecuencia en relación a los principios y las prácticas básicas de una disciplina. Pregúntale a un médico qué libros de consulta usa, y te dirá inmediatamente los títulos. Lo mismo puede decirse en cuanto a un ingeniero, un agente inmobiliario o un editor literario. Cada profesional tiene acceso a guías definidas que aclaran por completo cierta información fundamental y, a menudo, necesaria.

Por ejemplo, tal vez tengas en tu casa un Manual del Médico, que brinda información médica general sobre los órganos del cuerpo, enfermedades y tratamientos. Ese manual no es la última palabra en atención médica ni contiene detalles que se encontrarían en un tratado más profundo sobre un determinado tema. Simplemente, ofrece una amplia gama de información básica útil que puede consultarse de manera habitual.

Debido a mi labor como pastor durante muchos años y, actualmente, como representante de una asociación de iglesias, a menudo me he enfrentado con preguntas o situaciones relacionadas a la estructura y la operatividad de una iglesia local neotestamentaria bautista: ¿cómo se lleva a cabo una ordenación?, ¿qué relación hay entre un pastor y los diáconos?, ¿quién lidera la congregación?, ¿hay algún procedimiento apropiado para la disciplina en la iglesia? Los pastores se enfrentan con muchas otras preguntas similares. Durante mi ministerio pastoral, descubrí que necesitaba una guía para aplicar en situaciones operativas que nunca antes había experimentado. Me resultó útil y tranquilizador tener un libro de referencia que respondía a muchas de las preguntas que surgían de manera inevitable. La Doctrina y Administración de la Iglesia Local me ha servido, al igual que a muchos de mis colegas, como un valioso libro de consulta.

El escritor Dr. Paul Jackson fue un líder altamente respetado dentro de

la General Association of Regular Baptist Churches [Asociación General de Iglesias Bautistas Regulares]. Fue director de un instituto bíblico y representante nacional de la GARBC. En respaldo a estas funciones de liderazgo estaba su compromiso hacia el pastorado, labor en la cual empezó su ministerio y donde sirvió durante muchos años. Sus pares lo eligieron para ocupar cargos en organizaciones de liderazgo influyentes porque amaba la iglesia local y la reconocía como la primordial plataforma para el ministerio del Señor. El sentimiento genuino del Dr. Jackson hacia la iglesia local y el oficio de pastor se evidencian claramente en este libro.

La Doctrina y Administración de la Iglesia Local se publicó por primera vez en 1968, en Regular Baptist Press. Ese año, empecé a asistir al Instituto Bíblico Bautista, en Clarks Summit, Pennsylvania, la escuela donde el Dr. Paul Jackson había sido presidente. El departamento administrativo y la sala de clases principal llevaba su nombre: “Jackson Hall”. Recuerdo haber visto a menudo su retrato oficial sobre una de las paredes del instituto. Mi esposa y yo comenzamos nuestro primer trabajo pastoral con el hijo del Dr. Jackson, Mark. Durante mis años de formación, mi vida y mi ministerio fueron profundamente influidos por los ideales “Jacksonianos” sobre la iglesia local y el ministerio pastoral.

El Dr. Jackson escribe desde la perspectiva de una teología bautista tradicional. Este libro tiene el sello de *El Manual Normal para las Iglesias Bautistas* (1952) y *The New Directory for Baptist Churches* [La Nueva Guía para Iglesias Bautistas] (1894), de Hiscox, pero con un tono más personal y práctico sobre la iglesia local. Su vigencia lo convierte en un libro esencial para todo estudiante de ministerio pastoral, pastor, diácono y líder bautista. Esta es la décima impresión, lo cual da testimonio de su valor y utilidad permanentes.

Sigo recomendando este libro y recurro a él como guía. Me he vuelto un mejor pastor y un bautista más perseverante al convertirlo en mi libro de referencia. Confío en que también ocupará un lugar de fácil acceso en tu biblioteca.

1 *La Iglesia, la Cual es Su Cuerpo*

DIOS NUNCA CAMBIA (Malaquías 3:6; Santiago 1:17), aunque su forma de tratar con los seres humanos ha cambiado con los siglos. Desde Abraham hasta Cristo su relación con los hombres se centró en la nación de Israel. Desde Cristo, su ministerio ha sido mediante la Iglesia. Israel, como nación, ha sido puesta a un lado hasta el arrebatamiento de la Iglesia (Romanos 11:25). Por mil quinientos años antes de Cristo, la ley dada por medio de Moisés estuvo vigente. Las Escrituras declaran que desde Cristo ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos 6:14; ve también Juan 1:17).

Esto no quiere decir que haya dos maneras de salvación. Dios nunca ha salvado a nadie por obras, en ninguna época. La fe en Él ha sido el requerimiento universal. La sangre derramada ha sido el requisito invariable. Antes de Cristo se ofrecían sacrificios de animales por orden de Dios. El pecado se reconocía y se cubría de esta manera (Levítico 17:11; Hebreos 10:1-4). Luego vino Cristo y murió por nuestros pecados. Él murió por los pecados pasados (Romanos 3:25) y redimió a los que estaban bajo la ley (Gálatas 4:4, 5).

Así que, en tanto que Dios no cambia y la salvación siempre ha sido por fe en él, Dios hizo algo enteramente nuevo cuando estableció la iglesia. Hay que discernir con claridad las distinciones entre la ley y la gracia, e Israel y la iglesia, a fin de entender la Palabra de Dios.

Las Escrituras también hacen una distinción entre la iglesia la cual es el cuerpo de Cristo (Efesios 1:22, 23) y las iglesias locales. La iglesia local es la manifestación práctica y presente del cuerpo de Cristo. La iglesia local es el mayor énfasis en el Nuevo Testamento. La palabra griega *ekklesia*, que se traduce iglesia, se aplica a iglesias locales unas noventa veces, y a la iglesia, la cual es el cuerpo de Cristo, como veinte veces.

A veces mencionada como iglesia universal o invisible, la iglesia, la cual es su cuerpo, es un hecho bendito, que recalca la unidad del pueblo de Dios en esta edad. Incluye a todos los redimidos, sean judíos o gentiles, desde Pentecostés hasta el arrebatamiento, sea que estén en el cielo o en la tierra. Nunca se reúne durante esta edad. No toma decisiones, ni ejerce disciplina, ni administra ordenanzas, ni predica el evangelio. Está esperando que se la complete cuando finalmente sea reunida en gloria como “la congregación de los primogénitos” (Hebreos 12:23).

A menudo se falta al honor de la iglesia local neotestamentaria haciendo referencia a la iglesia, la cual es su cuerpo, como “la verdadera iglesia”, infiriendo de esa manera que una iglesia local no es una verdadera iglesia. Es una iglesia verdadera si fue establecida de acuerdo a la Palabra de Dios. Hay que usar con mucho cuidado la terminología que se refiere al cuerpo como un organismo y a la iglesia local como una organización, a fin de evitar la inferencia falsa de que la organización es de origen humana y sin importancia.

Si éstas distinciones son vistas con claridad, con el propósito de que la iglesia local no sea privada de su posición significativa, entonces estas verdades referentes a la iglesia, la cual es su cuerpo, van a alentar y a consolar.

Hoy día se ha dado un énfasis indebido en la llamada “verdad del cuerpo”. Esto ha resultado en restarle importancia a la iglesia local, la cual las Escrituras ponen sumo énfasis.

Algunos rehúsan obedecer ciertos pasajes bíblicos que ordenan la disciplina de hermanos desobedientes. Exageran de manera desproporcionada la verdad de la relación de creyentes unos con otros en el cuerpo de Cristo dejando de lado los mandamientos bíblicos de mantener una iglesia local pura (1 Corintios 5). Este desequilibrio de la verdad también ha resultado en un desprecio trágico de las iglesias que se conforman al patrón del Nuevo Testamento, de modo que muchas personas consideran el bautismo y la membresía en la iglesia como cosas no esenciales. Algunos se han convertido virtualmente en vagabundos de iglesias, sin ninguna responsabilidad local en cuanto a la asistencia, mayordomía o disciplina. Esto es una situación seria, y debe estimularnos en nuestra tarea de seguir la Palabra de Dios.

Que el Señor nos ayude a amar a todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo, dondequiera que estén, sea lo que sea que estén haciendo. Debemos procurar su bienestar, tener comunión con ellos en cuanto sea posible, y orar por ellos con fervor. Esta relación, sin embargo, nunca justifica nuestra participación con ellos en desobediencia. Muchos mandamientos bíblicos, como el que sigue, son muy claros: “Pero os ordenamos, hermanos, en el

nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros” (2 Tesalonicenses 3:6). Esta “enseñanza” por cierto parece referirse a todo el ministerio apostólico oral y escrito de ese día (ve 2 Tesalonicenses 2:15). No es bíblico, por consiguiente como muchos aducen, tener compañerismo con toda persona simplemente porque sea salva, o afirme serlo. Aunque sean salvas y vayamos a pasar toda la eternidad con ellas en la gloria, no se nos autoriza a pasar el presente con ellas en su desobediencia (ve Mateo 18:15-17). Esta es una verdad que todo creyente nacido de nuevo debe recordar siempre.

Al rehusar comunión con otros dentro del cuerpo, uno de los objetivos divinos es que los tales sean librados de la desobediencia y restaurados al compañerismo. Esto es evidente en el juicio que se impone en 1 Corintios 5:5, y el subsiguiente perdón en 2 Corintios 2:6-11. Es nuestra responsabilidad procurar tal liberación de un hermano creyente (Gálatas 6:1), pero nunca se justifica que tengamos comunión con tal persona en su pecado. La Palabra de Dios prohíbe definitivamente que tengamos tal comunión, y por consiguiente, todo creyente nacido de nuevo debe abstenerse de tenerla.

La Iglesia Propuesta

A la iglesia repetidas veces se le llama el cuerpo de Cristo (Efesios 1:22, 23). Consideraremos más adelante la importancia de esta terminología. Es este cuerpo, la iglesia, del cual Pablo escribió en Efesios 3. Lea los versículos 1-12. Aquí a la iglesia se le llama “el misterio de Cristo”, que en otras edades no se dio a conocer, pero que ahora se ha revelado. El único rasgo enteramente nuevo en esta edad es: “que los gentiles son coherederos [con los judíos] y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (v. 6).

Esta iglesia nació en el propósito eterno de Dios (v. 11), y Dios ocultó este misterio desde el principio del mundo (v. 9). Jesucristo empezó a exponer ese propósito cuando dijo: “edificaré mi iglesia” (Mateo 16:18). El apóstol Pablo fue escogido para ser el canal primordial de la revelación de este misterio (Efesios 3:1-4), aunque él declaró (v. 5) que “ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu”.

Las afirmaciones que hacen algunos dispensacionalistas extremos son obviamente falsas cuando dicen que Pablo fue la única fuente de revelación y que él no sabía nada de este misterio hasta sus epístolas escritas desde la

cárcel (Efesios, Filipenses, Colosenses, 2 Timoteo y Filemón). Él no sólo dijo que el Espíritu reveló esta verdad a los santos apóstoles y profetas (plural), sino que él mismo supo esta verdad temprano en su ministerio. Vea 1 Corintios 12:13: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”.

En Efesios 3 es evidente que Dios planeó y propuso la iglesia a través de toda la eternidad, pero no la reveló sino hasta esta edad. Es perfectamente natural que esto sea verdad. Dios es un ser razonable con toda sabiduría y poder. Nosotros cambiamos nuestros planes, y trazamos nuevos, porque no sabemos el futuro, y tenemos entendimiento muy limitado. Pero esto no es cierto en cuanto a Dios, a quien nada jamás le ha tomado por sorpresa ni le ha derrotado. Él “hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Efesios 1:11). El “plano” de las edades siempre ha existido en su inteligencia infinita e inmutable. Cuánto consuela esto al creyente a través de las edades. Nuestro Señor es Padre de la Eternidad.

El propósito eterno de Dios para edificar la iglesia no se centra meramente en la salvación de las almas, aunque este es un glorioso aspecto de esta obra. Él propuso a la iglesia desde toda la eternidad para que en ella se puedan ver las riquezas de su gracia (Efesios 2:7) y la grandeza de su sabiduría (Efesios 3:10), y que Cristo pueda así tener la preeminencia que es legítimamente suya (Colosenses 1:18).

El que Él nos haya escogido para cumplir consejos tan elevados debería hacer humildes nuestros corazones y llevarnos a adorar a sus pies.

La Iglesia Retrutada

En el Antiguo Testamento no se da ninguna revelación de la iglesia. Sin embargo, ahora que ha sido revelada en el Nuevo Testamento, es evidente por las imágenes verbales del Antiguo Testamento que esta nueva creación estaba en la mente de Dios, quien es el Autor de toda la Biblia. Las cosas que le sucedieron a Israel fueron diseñadas por Dios para darnos ejemplos (1 Corintios 10:11). El tabernáculo, los sacrificios y el sacerdocio son ricos en “lecciones objetivas de tamaño natural” de verdades bíblicas. Cristo y su obra son retratados en tipos y sombras del Antiguo Testamento (Colosenses 2:16, 17).

Ningún creyente puede darse el lujo de descuidar el estudio del Antiguo Testamento junto con el Nuevo Testamento. Dios es el Autor de ambas

porciones. Como alguien lo dijo hace mucho: “El Nuevo Testamento es el Antiguo contenido; el Antiguo se explica en el Nuevo”.

Sugerimos tres ejemplos bien conocidos que describen a la esposa, otra figura que se usa para describir a la iglesia en nuestra relación con Cristo.

1. Con la revelación del Nuevo Testamento en Efesios 5:29-32 ante nosotros, es claro que en Génesis 2:21-24 tenemos un cuadro en el Antiguo Testamento de la iglesia, la esposa de Cristo.

Así como Dios hizo que Adán cayera en sueño profundo, y luego de su costado abierto sacó material del cual hizo a su esposa; así Dios hizo que el profundo sueño de la muerte cayera sobre el “postrer Adán” (1 Corintios 15:45), y de su costado herido salió la sangre de la redención para su esposa [la iglesia].

El paralelo continúa conforme Adán dice de Eva: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne”, y de Cristo y la iglesia leemos: “porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Efesios 5:30). Así se establece el paralelo en las Escrituras.

2. En Génesis 24 Abraham envía a su criado a un país lejano para buscar una esposa para su hijo único, Isaac (Génesis 22:12). Muchos detalles interesantes de esta encantadora narración sugieren el bendito ministerio del Espíritu Santo, quien ha venido al mundo para buscar a la esposa de Cristo.

El cuadro no presenta el pensamiento de nuestra redención. Sí sugiere, no obstante, que la esposa ¡debe nacer de la familia debida! El criado estaba obligado a tomar una esposa de los parientes de Abraham, y no de los canaanitas. Por consiguiente, no determinó que Rebeca sería la esposa para Isaac hasta que supo a qué familia pertenecía (Génesis 24:24, 26, 47, 48). Así que nosotros debemos estar en la familia de Dios para ser la esposa de Cristo. A menos que por el nuevo nacimiento se nos haga partícipes de la naturaleza divina, nunca participaremos de las glorias del Esposo celestial.

Otro aspecto significativo de este cuadro es la manera en que este criado anónimo con destreza dirigió el afecto de Rebeca a Isaac. Le habló de Isaac (Génesis 24:33-45) y de cómo éste heredó la grandeza y riquezas de su padre, Abraham. Empezó desde el principio a colmarla de algunas de las riquezas de su amo que había traído consigo a este país lejano. Aunque ella nunca había visto a Isaac, el siervo se le había presentado a ella de tal manera que su corazón se enterneció; y cuando se lo pidió una decisión, de inmediato respondió: “Iré”. De igual manera el Espíritu de Dios atrae a Cristo a quienes Dios ha escogido para él. Aprendemos de la grandeza de Cristo, recibimos de sus riquezas, hasta que, sin ninguna obligación sino con voluntades transformadas, con alegría decimos: “¡Iré!”

Señalemos sólo una similitud adicional. Cuando Isaac salió de su casa al campo al fin del día, el criado había completado su misión y había sacado a Rebeca de su casa para traerla a él. Cuando se encontraron, él la llevó a la casa de su padre como su esposa. La bendita esperanza de la iglesia está al atardecer del día de la gracia cuando el Señor Jesús deje el lugar que Dios está preparando ahora en la casa del Padre (Juan 14:1-3; 1 Tesalonicenses 4:16, 17). Él descenderá al aire para encontrar a su esposa que el Espíritu de Dios entonces habrá completado y preparado para su encuentro. Juntos retornarán a la casa del Padre a la cena de las bodas del Cordero.

3. Muchas verdades se revelan en el libro de Rut, y entre ellas el relato del pariente redentor que redimió para sí mismo a una esposa de entre los moabitas. Cualquier corazón al que enseña el Espíritu verá enseguida el cuadro de Aquel que fue hecho carne para poder redimirnos y hacernos su esposa.

Según la ley del pariente redentor que se indica en Levítico 25:25-55 y Deuteronomio 25:5-10, era obligación impuesta por Dios al “pariente más próximo” redimir la tierra o la persona del pariente que, debido a pobreza u otra razón, había quedado sujeto a otro. Además, si un esposo moría sin heredero, era deber del hermano, o del pariente más cercano, casarse con la viuda y tener un hijo para perpetuar el nombre del muerto.

A fin de llegar a ser nuestro Pariente Redentor, el Señor Jesús fue hecho carne (ve Hebreos 2:14-18; Gálatas 4:4, 5; Efesios 5:23-27). La ley, que era débil por la carne (Romanos 8:3), no podía producir vida; y ahora estamos muertos a esa ley a fin de poder casarnos con otro, “del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (Romanos 7:4).

Todo esto se pinta en el encantador relato de Rut y su pariente redentor, Booz. Lea todo el libro, especialmente el capítulo 4.

Obviamente, no hay suficientes detalles en estas narraciones para haber revelado prematuramente el propósito de Dios; pero hay suficientes para indicar la encantadora espera de Dios mientras él contemplaba ese propósito y esperaba hasta el tiempo apropiado.

La Iglesia Prometida

Jesucristo, el Creador y Sustentador de todas las cosas, vino al mundo para acometer a la obra de una nueva creación. Al estar él en el umbral de la realización de ese propósito eterno, declaró: “edificaré mi iglesia” (Mateo 16:18).

Los acontecimientos que siguieron parecían amenazar el cumplimiento

de esta promesa. Los hombres lo abandonaron; Pedro lo negó; los enemigos lo capturaron. Cadenas, juicios, una cruz, una tumba; todo esto parecía contradecir su promesa. Pero sus palabras eran palabras puras. Él no podía negarse a sí mismo. Los hombres perversos que lo crucificaron no lo sabían; pero Dios sabía que “si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24).

Él resucitó triunfante de la muerte, como Cabeza de la nueva creación. Redimida con su sangre y respaldada por el poder de su resurrección, la iglesia ahora debía aparecer. Su promesa se cumpliría.

La promesa de la iglesia tiene que ver no sólo con su origen, sino también con su preservación. Cristo dijo: “edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). Él ha prometido que la oposición satánica no derrocará a su pueblo individualmente, ni a su iglesia corporativamente, en esta edad (1 Pedro 1:3-7). Sin embargo, este enunciado en Mateo parece ir más allá de eso, prometiendo incluso que la misma muerte no triunfará sobre la iglesia. Las puertas de una ciudad no invaden ni conquistan a un enemigo. El infierno aquí es “Hades”, el lugar de los muertos que han partido. Literalmente, por consiguiente, la promesa es que la misma muerte no prevalecerá contra la iglesia. Al ver que algunos de los miembros de la iglesia de Tesalónica morían, los tesalonicenses parecían preocuparse por este problema.

Recibieron consuelo e instrucción de esta manera: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Tesalonicenses 4:13, 14).

Él ha prometido no sólo edificar, sino también preservar a la iglesia por toda la eternidad.

La Iglesia Comprada

Los santurriones continuamente están procurando lograr el favor de Dios y un lugar en el cielo mediante las cosas que dan o hacen. Nada puede ser más inútil, como es evidente en Tito 3:5; Efesios 2:8 y 9; Romanos 4:4 y 5, y pasajes similares.

Dios condena con terrible finalidad toda otra manera de salvación debido a que Cristo proveyó el único camino perfecto. Todo otro camino es

un insulto a nuestro Señor Jesús, quien es ese camino; y Dios no tolerará ningún otro (Gálatas 1:8, 9; Proverbios 14:12; Juan 3:36). Un precio infinito ya ha sido pagado por nuestra redención con la sangre preciosa de Cristo, y es blasfemia tratar de sustituir otro “precio”, o suplementar ese precio con nuestra propia contribución como si su sangre fuera insuficiente. A los que ya somos salvos Pedro escribió: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, . . . no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18, 19).

¿Por qué debe ser la sangre de Cristo lo que logra nuestra redención? Muchos no tienen un concepto claro en este asunto. *Debe ser sangre* porque la vida está en la sangre (Levítico 17:11), y la justicia y rectitud de Dios requieren vida por vida, a fin de que seamos redimidos. Él tomó mi lugar y se convirtió en mi sustituto: “Cristo, . . . murió por los impíos” (Romanos 5:6). Cuando derramó su sangre, él dio su vida en lugar de la mía que estaba bajo el juicio de Dios por el pecado. *Debe ser la sangre de Cristo*, porque todos los demás han pecado y morirán por su propio pecado. Es más, debido a que él es Dios, su sangre es de valor infinito (¡es sangre preciosa!), y él es la propiciación no sólo por nuestros pecados, sino también por los pecados de todo el mundo (1 Juan 2:2). Con razón nos encanta cantar:

*Comprado con sangre por Cristo,
Con gozo al cielo yo voy;
Librado por gracia infinita,
Ya sé que su hijo yo soy.*

Este acto redentor de Dios fue necesario para salvar a los seres humanos, porque nosotros hemos pecado y éramos esclavos del pecado. Cuando él se dio a sí mismo por nosotros, fue para poder redimirnos de toda iniquidad (Tito 2:14). La redención por su sangre resultó en nuestra liberación de “la potestad de las tinieblas” y nuestro traslado al reino de su amado Hijo (Colosenses 1:13, 14). La muerte de Cristo es también el instrumento para la destrucción del diablo y la liberación de “todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14, 15). Por consiguiente, la sangre preciosa de Cristo es el único precio de redención que Dios reconocerá. Eso libra a todo creyente por completo y en forma final del juicio de Dios que con toda justicia debería haber caído sobre nosotros que estamos bajo pecado, caracterizados por la iniquidad y sujetos a la esclavitud de Satanás y a la potestad de las tinieblas.

Al pagar por esta redención al morir en la cruz, el Salvador satisfizo las exigencias justas de un Dios santo. La justicia fue impartida a un Sustituto voluntario; el pecado fue de esta manera puesto bajo juicio; y Dios fue justo en su justificación de los impíos (Romanos 3:23-26). La redención no se paga a Satanás para que nos liberte, como algunos han enseñado en error, sino que fue necesaria para satisfacer la justicia divina. Dios ha dispuesto que todo pecado sea puesto bajo juicio. Esto debe hacer él, porque él es santo. Esto exigirá que todo ser humano que descuida o rechaza la redención provista en la sangre preciosa de Cristo caiga bajo su condenación eterna.

En su muerte el Señor Jesús nos amó y se dio a sí mismo por nosotros como individuos. Pero también tenía en mente el propósito de la iglesia, como declara Efesios 5:25: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. Hechos 20:28 habla de “la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”. Nosotros, por consiguiente, le pertenecemos a él y, como Pablo dice, estamos desposados o comprometidos con un solo esposo: es decir, con Cristo (2 Corintios 11:1-3). Por cierto que debemos ser fieles a nuestro Señor, y amarle en palabra y en verdad. Debemos amarle con amor puro y no diluido. No debemos amar al mundo ni las cosas que están en el mundo. La esposa que abandona el amor de su esposo y le da sus afectos a otro es despreciable ante Dios y la humanidad. Lo mismo es la iglesia cuando abandona el amor de Cristo. La Palabra de Dios habla con terrible franqueza sobre este tema: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4:4).

El mundo crucificó a nuestro Salvador y todavía pisotea la sangre preciosa de Cristo. Este hecho justifica por completo la terrible denuncia de los que profesan amar a Cristo, pero que son amigos del mundo. ¡Qué Dios nos ayude a nunca caer en ingratitud tan vil!

La Iglesia Producida

La iglesia fue propuesta en la mente de Dios a través de las edades eternas; se la describe en cuadros en el Antiguo Testamento; fue prometida por Jesucristo durante su ministerio terrenal, y fue comprada en la cruz del Calvario. No fue producida, sin embargo, como realidad viviente sino hasta el día de Pentecostés, cincuenta días después de la resurrección de Cristo.

El tiempo de la creación de la iglesia se indica en los siguientes pasajes

bíblicos: (1) la iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios 1:22, 23); (2) el cuerpo es formado por el bautismo del Espíritu Santo (1 Corintios 12:13); (3) los discípulos no habían sido bautizados en el Espíritu Santo al momento de la ascensión de Cristo al cielo, pero se les prometió en ese entonces: “mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:5). Diez días después esto tuvo lugar; la iglesia, la cual es su cuerpo, llegó a existir.

Las palabras de Juan 7:38 y 39 son significativas en conexión a esto: “. . . aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”. En tanto que el Espíritu siempre estuvo aquí en el sentido de su omnipresencia, fue prometido en un sentido nuevo y diferente cuando el Señor Jesús dijo: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad . . .” (Juan 14:16, 17).

A esta edad de la iglesia a menudo se le llama la edad del Espíritu Santo debido a la relación distintiva que él tiene con los redimidos en esta edad. Él ahora está en nosotros; “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9). Nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que tenemos de Dios, como Pablo escribe en 1 Corintios 6:19.

No hay que confundir el bautismo del Espíritu Santo con la morada del Espíritu, y sin embargo, estas dos cosas, no se pueden separar. Cuando el Espíritu Santo llenó a los creyentes en el día de Pentecostés, también los unió en una unidad orgánica llamada el cuerpo de Cristo. El cuerpo tiene muchos miembros pero es un solo cuerpo (1 Corintios 12:12), y Cristo es la Cabeza (Efesios 4:15, 16).

Los que creyeron fueron salvos durante la edad del Antiguo Testamento y también durante el ministerio terrenal de Cristo. Aparte de la unidad nacional de Israel y la relación de pacto de ella con Dios, los seres humanos no disfrutaban en aquel entonces de tal unidad unos con otros y con el Señor como la que ha tenido lugar desde la creación de la iglesia. Esta experiencia bendita es nuestra por la gracia soberana de Dios, y no por ningún mérito que poseamos.

El Señor Jesús se reunió con sus discípulos repetidas veces antes de su ascensión, y por cierto que alentó y autorizó esas asambleas que en Hechos llegaron a ser iglesias locales. Juan 20:19-29 registra dos de esas ocasiones. No se les llama iglesias aquí, ni tampoco hay ninguna indicación todavía de los cargos de pastor o diácono. Pero estas reuniones no tuvieron lugar en las sinagogas. Los hermanos reunidos eran los que fueron los miembros fundadores de la iglesia que se estableció en Jerusalén. El Señor en efecto

sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (v. 22). Dos veces ellos se reunieron así el primer día de la semana (vs. 19, 26) y experimentaron la bendita presencia del Señor resucitado. Ciertamente vemos aquí la superintendencia del Señor Jesús para producir la iglesia local que había prometido, aunque los actos finales, como de anticlímax, del bautismo y la llenura del Espíritu no se experimentaron sino hasta Pentecostés. Estos son días de transición los que estamos mirando, en los cuales la iglesia era producida bajo el ministerio del Señor Jesús e implementada por completo por su don del Espíritu Santo para guiar y consolar (Juan 16:7).

No puede haber comprensión adecuada de la Biblia a menos que se entienda con claridad que la iglesia es completamente distinta de Israel. Sus orígenes, naturaleza, conducta y objetivo están todos en contraste con Israel. Mucho error doctrinal es común hoy entre los que no reconocen esta distinción. Hay tres grupos en el mundo en esta edad: judíos, gentiles y la iglesia de Dios (1 Corintios 10:32). Los dos primeros no son salvos; el último es salvo; y cuando un judío o un gentil recibe a Jesucristo, es salvo, llega a ser parte de la iglesia y deja de ser bien sea judío o gentil (Gálatas 3:28).

Es un principio bíblico que cuando más se da, más se requiere. En vista de lo que el Señor ha hecho por nosotros en esta edad, debemos estar más dispuestos de lo que lo estuvieron los santos de edades pasadas, para amarle y alabarle, para servir y sacrificarnos, para vivir o morir por él.

La Iglesia Presentada

Esta parte de la experiencia de la iglesia que todavía es futura tiene en sí misma para nosotros el sentido de espera y, en cierto sentido, también en el corazón del Señor. Todas las épocas del tiempo han estado avanzando hacia este gran clímax. Cristo perfeccionará a la iglesia, “a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante” (Efesios 5:27). Con este propósito vino y murió.

¿Quién puede decir por qué un Dios infinito, eterno y autoexistente, halla deleite en sus criaturas? Todo lo que podemos hacer es regocijarnos en este hecho y deleitarnos en las implicaciones benditas que tiene para nosotros. Esta verdad, tan lejos de nuestra comprensión, se indica brevemente en Efesios 1:23, en donde se habla de la iglesia “la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. Como Dios, por supuesto, no necesita nada que lo complete. Pero como “el segundo hombre” y como el “postrer Adán”

(1 Corintios 15:45-47), se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte. Ahora Dios lo ha exaltado en sumo grado (Filipenses 2:6-11). Como Cabeza de la nueva creación, no está más completo sin su esposa que Adán lo habría estado sin Eva.

Consideremos la preparación de esta presentación. De parte de Cristo esto incluye su obra presente de intercesión como nuestro sumo sacerdote. Él garantiza por esto la seguridad de aquellos por quienes ha muerto, puesto que él vive para siempre para interceder por nosotros (Hebreos 7:25). Él, en este ministerio, también nos limpia y purifica para ese día al lavarnos en el agua de la palabra para que nosotros, la iglesia, no tengamos “mancha ni arruga ni cosa semejante” (Efesios 5:26, 27).

La obra preparatoria de Cristo para esa presentación también incluye el juicio de las obras de los creyentes en el tribunal de Cristo. Todos debemos comparecer ante ese tribunal como creyentes (2 Corintios 5:10), no para determinar nuestro destino sino para evaluar y revelar la calidad de nuestras obras y nuestro servicio en esta vida. Lea 1 Corintios 3:11-15. Este pasaje declara que “si sobre este fundamento [Cristo] alguno edificare . . . él mismo será salvo”. Entretelado en ese hecho glorioso está la verdad solemne de que nuestras obras aquí se harán manifiestas en ese tiempo. La escoria se consumirá, y perderemos nuestras recompensas. Todo lo que es para gloria de Cristo permanecerá y será recompensado. En ese día habrá sin duda vergüenza real y lágrimas para muchos de nosotros. Juan advierte que debemos vivir y permanecer en él ahora de tal manera que “cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados” (1 Juan 2:28).

Esta obra por cierto precederá a la presentación de la iglesia a Cristo y la cena de bodas del Cordero. La purificación estará completa; la represión se habrá acabado; ¡y la gloria está por delante!

Por nuestra parte, en esta edad, la preparación para ese día glorioso incluye el perfeccionamiento de nosotros mismos con las provisiones que él nos ha dado. La esperanza de la venida de Cristo es un poder purificador en sí misma (ve 1 Juan 3:3). La perspectiva de verle debe hacernos confesar nuestros pecados y conseguir su limpieza (1 Juan 1:9). Tenemos que estar limpios.

Debemos crecer en Cristo al alimentarnos de su Palabra (1 Pedro 2:2; Efesios 4:11-32).

Debemos ser mayordomos fieles de todo lo que se nos ha encargado, incluyendo la evangelización del mundo (1 Corintios 4:2).

Estas y muchas verdades similares deben hacer que nos preparemos para ese día con el cuidado con que una novia se prepara para su día de su boda. Debe haber la moderación que brota de un temor apropiado de entristecer a Cristo, y el estímulo de la expectación de verle y oír su aprobación.

Cuando toda la preparación de estos días se acabe y la iglesia sea presentada a él, empezará un nuevo ministerio. Leemos en Efesios 2:7 que en las edades venideras él mostrará las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para nosotros por medio de Cristo Jesús. Los pecadores, transformados por su gracia y trasladados a su presencia, vindicarán para siempre ante todo el universo, el sacrificio asombroso de Cristo en el Calvario. En ese día, él será glorificado en sus santos y admirado en todos los que creen (2 Tesalonicenses 1:10). Ese será el día en que “se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10, 11). ¡Aleluya!